650
F-2
ANT-XIX-1788/14

JUAN DEL PUEBLO

HISTORIA AMOROSA POPULAR,

ORDENADA É ILUSTRADA

POR

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN

SEVILLA: 1882

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, EDITORES
Tetuan 24.

JUAN DEL PUEBLO

Es propiedad de sus editores

Establecimiento tipográfico de FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª impresores
de Cámara de S. M. y de SS. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes
Duques de Montpensier, Tetuan 24.

17 cms.
R.70.36

JUAN DEL PUEBLO

HISTORIA AMOROSA POPULAR,

ORDENADA É ILUSTRADA

POR

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN

SEVILLA: 1882

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, EDITORES
Tetuan 24.

A su querido amigo Demófilo

Francisco Rodriguez Marin.

AL QUE LEYERE

Hojeando, há poco más de un año, el notable discurso con que cierto eminente escritor (1) señaló su entrada en la Real Academia Española, me ocurrió la idea de eslabonar en un breve artículo siquiera un centenar de nuestras mejores coplas populares. Hícelo como mejor supe, entresacando de los apuntes para mis *Cantos populares españoles*—obra que aún estoy componiendo—cuantas creí que pudieran servir á mi propósito y envié mi modesto trabajo á Sevilla, con destino á las hospitalarias columnas de *La Enciclopedia*. Poco despues de publicada en esta revista mi *Historia amorosa de Juan del Pueblo*, un periódico aleman, cuya competencia en materias literarias es universal y justísimamente reconocida, el *Magazin für lie Literatur des Auslandes*, de Leipzig, publicó (2)

(1) El Sr. D. Antonio García Gutierrez.
(2) En su número 42, correspondiente al 18 de Octubre de 1879.

acerca de la dicha *Historia* algunas expresivas líneas, que, porque elogian las inspiraciones del gran poeta anónimo, á quien tanto amo y admiro, voy á permitirme traducir á continuacion:

«*La Enciclopedia* (Sevilla) del 25 de Setiembre »contiene una perla en su recientemente iniciada Sec»cion de literatura popular. En la forma de una his»toria de amor expone un verdadero tiroteo de coplas, »este grato producto de la poesía popular española.

»El siguiente lacónico diálogo puede fácilmente »rivalizar con los más bellos versos de nuestro Miza»Schaffy:

»¿Hay quien nos escuche?—Nó.
»¿Quieres que te diga?—Dí.
»¿Tienes otro amante?—Nó.
»¿Quieres que lo sea?—Sí.

»En aleman es, poco más ó ménos:

»Kann uns Jemand hören?—Nein.
»Darf ich dir was sagen?—Say's.
»Liebst du einen Andern?—Nein.
»Konntest du mich lieben?—Ja.

»¡Lástima que la «Seccion de novedades» nos »obligue á reducirnos á límites tan estrechos! El pe»queño ensayo está tomado de una gran coleccion de »cantos populares españoles, que dicen excederá en »perfeccion á todas sus precursoras (v. g.: á la d» »Fernan Caballero). Insinuamos el título: *Novísim*

»*Romancero Español*, en tres tomos (Sevilla, Gón»gora) (1).»

Yo, por mi parte, me felicito por haber acertado á entrelazar con las humildes é inodoras hierbas de mi prosa las tambien humildes pero muy fragantes flores de nuestra poesía popular, tan desatendida y menospreciada por los españoles como estimada y bien comprendida por los extranjeros (2); y, deseoso de contribuir, en la escasa medida de mis fuerzas, á la meritoria y patriótica obra de llamar la atencion de nuestros distraidos sabios sobre tan importante género de nuestra literatura, doy á la estampa nuevamente la *Historia amorosa de Juan del Pueblo*, reformada en parte y seguida de unas cuantas notas que me ha sugerido la detenida lectura de mi trabajo.

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN.

Osuna (Sevilla), 25 de Noviembre de 1880.

---

(1) No hay para qué decir que está equivocada esta indicacion, si, como parece, quiere referirse á mi cancionero, de cuya próxima aparicion—que por muchas circunstancias se va retardando—habia hablado ya en *La Enciclopedia* mi buen amigo el Sr. D. Antonio Machado y Álvarez.

(2) Véase, si no, lo que en afectuosa carta de 10 de Noviembre de este año me dice el Sr. Giuseppe Pitrè, autor de la excelente *Biblioteca delle tradizioni popolari siciliane*. El lector interpretará acertadamente el párrafo que voy á trascribir, comprendiendo que á la generosa benevolencia del señor Pitrè, y no á mi escaso merecimiento, se deben algunas de sus frases.

«Il suo *canzoniere popolari*—dice—sará splendido monumento che farà »onore á Lei ed alla sua patria. Cosi il suo essempio fosse imitato da giovani »d'altre contrade! .. Ma purtroppo, molti de'giovani d'oggigiorno disprezzano »i dolci studi e le onorate tradizioni per correr dietro a false parvenze ed a »turpi letture Ella ben pochi troverá nel suo paese natale che La loderanno »delle nobili fatiche che sostiene; ma la lode dei buoni La compenserá larga»mente della negligenza e della indifferenza di coloro che, come disse Dante,

»Visser senza infamia e senza lode.»

JUAN DEL PUEBLO (1)

El Pueblo, que es poeta y muy poeta, pésele á los literatos de salon, que le miran con malos ojos, y se desdeñan de ocuparse en sus producciones, como si de cosa de poco más ó ménos se tratara; el Pueblo, autor siempre viejo y siempre jóven, que compuso los cantares de gesta, que consignó sus gloriosas tradiciones en los antiguos romances, que inventa cuentos que casi siempre encierran profundo sentido filosófico; el Pueblo, que ejercita su inculta pero feracísima inteligencia en la gimnástica de componer y descifrar adivinanzas ó acertijos de que fueron mala y desabrida imitacion los antiguos enigmas cultos y de que son ridícula parodia las modernas charadas, con tanto gusto acogidas por la frívola sociedad de hoy; el Pueblo, cuya fecunda inspiracion le hace decir:

Del polvo de la tierra
saco yo coplas:
no bien se acaba una,
ya tengo otra (2);

y que, pródigo de su inagotable repertorio poético, del cual no piensa utilizarse comerciando con editores, me lo brindó, liberal y campechano, cantando al són de su guitarra:

Si quieres saber coplas,
vente á mi pecho;
que se ha vuelto poeta
mi pensamiento;

el Pueblo, digo, cumpliéndome su ofrecimiento, me ha contado la siguiente historia amorosa, que no es sino una de las múltiples variantes que su propia historia reviste.

Es, pues, la que voy á contaros, la de uno de los innumerables hijos de ese gran padre que se llama Pueblo; la de uno de *esos* que, como ha dicho un distinguido escritor, en tiempo de guerra son soldados; en tiempo de epidemia, víctimas; en épocas azarosas de hambre y miseria, mendigos, y que no tienen fisonomía propia, ni es posible distinguir á uno de otro, pues parecen todos iguales, como los soldados que pintan los fabricantes de aleluyas.

Llamarémos Juan—que es nombre vulgarísimo—á *ese* de cuyas coplas, con ayuda de algunas breves explicaciones mias, va á resultar la historia amorosa objeto de estos renglones; y pues ignoramos su apellido, y ni áun sabemos si le tiene, hagámosle uno del nombre de su gran padre, á la manera que en lo antiguo se llamó Fernandez al hijo de Fernando y Nuñez al de Nuño.

Llámese, pues, nuestro hombre Juan del Pueblo.

***

Huye del alma de Juan la alegría de los primeros años y la sustituye un desasosiego, un malestar cuya causa no conoce. Está triste, ha perdido el apetito, duerme mal, ama la soledad y el silencio y, buscando en la tradicional guitarra un lenitivo para su extraño pesar, lo expresa, cantando, de este modo:

Tengo un dolor no sé dónde,
nacido de no sé qué;
sanará... yo no sé cuándo;
me curará... no sé quién (3).

Pero es el caso, que lo propio que á Juan está sucediendo á otra persona: á María. Siempre que se encuentran los dos jóvenes—y se encuentran frecuentemente—el color de las amapolas tiñe sus mejillas; particularidad que ninguno de entrambos ha podido notar en un principio, porque los dos bajan los ojos al suelo apénas se han visto; pero que, al fin, llama la atencion de Juan del Pueblo, segun él declara en esta copla:

María me dió una rosa
y su madre la miró.
Más colorada se puso
que la rosa que me dió.

Cuando ve á María, Juan experimenta un placer indecible. ¿Por qué? Él no lo sabe. Y piensa:—«¿Sucederá á María lo mismo que á mí?» Pero, tímido siempre, cuando se ha resuelto á expresar ese pensamiento no lo hace sino en esta forma:

Cuando te encuentro en la calle,
te quisiera *preguntar*
si te causo yo alegría,
ó si te causo pesar.

Pronto lo que pasa en el alma de Juan deja de ser un misterio para él. Ésta y su corazon, en un brevísimo diálogo, le han enterado de todo. Juan mismo va á referirnos la plática en que los ha sorprendido:

Mi corazon dió un suspiro
y el alma le preguntó:
—Corazon, ¿por qué suspiras?
—Alma, porque tengo amor.

Pero aún no se atreve á declarar á María el secreto que acaba de sorprender, y, luchando entre el deseo y el temor, dice:

Quisiera verte y no verte;
quisiera hablarte y no hablarte;
quisiera encontrarte á solas
y no quisiera encontrarte.

—

Quiero decir y no digo
y estoy, sin decir, diciendo;
quiero y no quiero querer
y estoy, sin querer, queriendo.

Lo cual no obsta, para que, con todo el respeto que María le inspira, la dirija el siguiente bellísimo requiebro:

Siempreviva te diré,
pero no rosa de olor:
que la rosa se marchita
y la siempreviva nó.

Ya no es posible que Juan deje de pasear la calle en que vive su amada. María, por su parte, procura dejarse ver. Él canta:

Ayer pasé por tu calle
y te vide (4) *en el balcon:*
¡siempre que se mira al cielo
se ve la gracia de Dios!

—

¿Sabes á quién te pareces?
¿Sabes á quién le das aire?
Al sol cuando resplandece
y á la luna cuando sale.

Juan busca ocasiones para tratar con frecuencia á María; el trato engendra la confianza y él se atreve á cantar:

Manojitos de alfileres,
chiquilla, son tus pestañas,
que cada vez que me miras,
me los clavas en el alma.

Ella se sonrie, toda ruborosa, y le mira fijamente, como diciéndole: «¡Atrévete!» Él no ha podido resistir la tenaz mirada de María y exclama:

¡Favor, favor, que me matan!
Yo no me puedo valer.
Son dos negros asesinos
los ojos de esta mujer.

La declaracion no puede tardar. Juan, desde que María ha clavado en él sus grandes pupilas negras, es hombre al agua. Ved cómo confiesa:

Desde que te ví te amé;
pésame que ha sido tarde:
yo quisiera, dueño mio,
desde que nací adorarte.

Dado este paso, en la primera ocasion se entablará entre los jóvenes el siguiente diálogo:

—¿Hay quien nos escuche?—Nó.
—¿Quieres que te diga?—Di.
—¿Tienes otro amante?—Nó.
—¿Quieres que lo sea?—Sí.

Hé aquí á Juan y á María en perfecta inteligencia. Ya *pelan la pava* todas las noches; ocupacion de que un camarada de Juan, tambien poeta anónimo, ha dicho:

Esto de pelar la pava
tiene mucho que entender;
unos la pelan sentados
y otros la pelán de pié (5).

Y ya Juan, sin ponerse colorado, canta, recreándose en las perfecciones de su novia:

Es mi niña más bonita
que los clavelitos blancos
que abren por la mañanita (6).

Y, en el colmo de la pasion amorosa, rindiendo culto, como buen amante, á la hermosura de María, y, como andaluz, pagando tributo á la hipérbole, canta:

Yo te estoy queriendo á tí
con la misma violencia
que lleva el ferro-carril.

—

Te quiero yo
más que á la madre que me parió (7),

y profiere la siguiente impiedad, aunque procurando atenuarla á renglon seguido:

Yo te quiero más que á Dios,
y no digan que es locura:
que á Dios como á Dios lo quiero
y á tí como á criatura (8).

No haya, sin embargo, temor de que Juan del Pueblo sea irreligioso y descreido. Mucho, muchísimo quiere á María, pero.... Pero escuchémosle:

Te quiero más que al vivir,
más que a mi padre y mi madre;
y, si no fuera pecado,
más que á la Virgen del Cármen.

Como se ve, la salvedad hecha en la copla libra á Juan de que se le moteje de impío. Pues ¡apénas, que digamos, tiene él buena idea de la moral! Ved lo que dice á su novia:

El corazon te daré,
tambien te daré la vida;
y el alma no te la doy,
porque esa prenda no es mia (9),

que si fuera suya, tambien se la diera. Pero volvamos á la historia.

María es linda como unas perlas; y aunque Juan está satisfecho de la lealtad de su cariño, á veces le asalta el temor de que álguien pueda arrebatárselo. Por eso, cuando sus amigos le llaman celoso, contesta:

Me llaman el celoso;
¡mira qué pena!
soy labrador y debo
guardar mi hacienda;

y, sin hacerles caso, exagera sus celos y dice á su novia:

Cuando vayas á la iglesia
ponte un velito en la cara;
que los santos, con ser santos,
de los altares se bajan,

añadiendo con inimitable ternura:

Eres mi primer amor;
tú me enseñaste á querer;
no me enseñes á olvidar,
que no lo quiero aprender.

Ella, á su vez, abriga el temor de que Juan la olvide; pero éste, despues de cantar:

Prisionero soy de amor,
y lo seré mientras viva;
que el prisionero de amor
primero muere que olvida,

desvanece las dudas de su amada con una copla que nada tiene que envidiar al

El confesor me dice
que no te quiera
y yo le digo:—¡Ay padre!
¡si usté la viera...!
Es tan bonita,
que sólo con mirarla
las penas quita (11).

Y por eso dice á su amada:

Anda vé y dile á tu madre,
si no me quiere por pobre,
que el mundo da muchas vueltas....
Ayer se cayó una torre.

La madre de María insiste en su oposicion y atribuye al desgraciado Juan la idea de hacerse rico por medio del casamiento de su hija. Él rechaza tan ofensivo cargo en la siguiente lindísima copla:

Yo no quiero más caudales
que dormir contigo un sueño
y tener por cabecera
las trencitas de tu pelo.

Y añade, íntimamente convencido de que no ha menguado el cariño de María:

Dicen que no nos queremos,
porque no nos ven hablar:
á tu corazon y al mio
se lo pueden preguntar.

—

Ya que no puedas hablarme,
ponte donde yo te vea;
le daré gusto á los ojos,
ya que otra cosa no sea.

Pero el mismo Juan del Pueblo ha dicho hace tiempo, y ahora no lo recuerda, que

Piensan los enamorados,
piensan, y no piensan bien,
piensan que nadie los mira,
y todo el mundo los ve;

por lo cual no ha faltado una oficiosa vecina que entere á la madre de María de lo que no era menester. Redóblase la vigilancia y encierran á la pobre jóven, que no hace otra cosa que llorar y desesperarse. Pero tan resuelto está Juan á no cejar en su amoroso empeño, que canta:

Muriendo los dos vivimos,
porque penamos los dos;
estaré sin verte, sí;
pero sin quererte, nó.

—

Yo te tengo de querer
aunque le pese á mi estrella;
aunque contra mí se junten
aire, fuego, mar y tierra.

Ya no hay que pensar en que se reanuden las sabrosas pláticas nocturnas. Solo y triste, pasea Juan,

á media noche, la calle de su amada; recuerda más felices tiempos y piensa, sintiendo agolparse las lágrimas á sus ojos:

Quisiera volverme hiedra
y trasminar tus paredes;
sentarme á tu cabecera
y ver el dormir que tienes (12).

Pero esto no es preciso: él la ve, cree verla en todas partes; la lleva retratada en su fantasía. Por eso puede exclamar:

Por donde quiera que voy,
parece que te voy viendo;
y es la sombra del querer,
que me viene persiguiendo.

—

Durmiendo te he visto
y á mi vera estabas:
y es que yo me miraba por dentro
y te ví en mi alma (13).

Nuevas desgracias vienen á afligir más y más el contristado espíritu de Juan del Pueblo. Mueren sus padres en poco tiempo y la musa popular le inspira las siguientes sentidas coplas:

No tengo padre ni madre;
¿á quién me arrimaré yo?
me arrimaré á un arbolito
que eche fruto y no eche flor (14).

—

Ya se me murió mi madre,
y una camisa que tengo,
no tengo quien me la lave.

—

¡Virgen del Mayor Dolor,
como la negrita mora
tengo yo mi corazon!

Y hallándose solo en el mundo y sin otra esperanza ni consuelo que el cariño de María, vuelve los ojos á ella y exclama, agobiada el alma por el peso de su inmenso dolor:

Ya me faltó la calor
de mi padre y de mi madre:
en faltándome la tuya,
calor no tengo de nadie.

Esto y no otra cosa trata de conseguir la madre de María, pues, sabedora de que ausencias causan olvido, está decidida á llevar á su hija léjos del hombre á quien, hasta el presente, no ha podido olvidar. Antes de esta penosa ausencia, nuestros amantes logran hablarse furtivamente. Aquella noche nacieron las siguientes coplas:

Dicen que te vas, te vas;
anda con Dios, dueño mio;
mira no bebas el agua
de la fuente del olvido.

—

Suspiros que de mí salgan
y otros que de ti saldrán,
si en el camino se encuentran,
¡qué de cosas se dirán!

—

Amor, miéntras caminares,
caminarán mis suspiros;
donde quiera que pararés,
tendrá mi penita alivio.

Poco despues, Juan del Pueblo canta:

Te han dicho que no es triste
la despedida;
dile al que te lo ha dicho
que se despida.

—

Yo me subí á un alto pino
por ver si la divisaba;
lo que divisé fué el polvo
del carro que la llevaba.

Acaba de marcharse su amada y ya Juan no vive sino para pensar en su vuelta:

Ojos que te vieron ir
por aquellos olivares,
¡cuándo te verán volver,
para alivio de mis males!

Ó ya, en un arranque de desesperacion, duda que

su mala suerte le conceda la dicha de ver nuevamente á María y entónces exclama:

¡Deben cegar estos ojos
que ya no te pueden ver!
Ojos que te vieron ir,
¡cuándo te verán volver?

Pasan algunos dias. María le ha escrito, renovando todas las protestas de constancia hechas en la noche de la despedida. Ved por qué, arrancando á la guitarra sus más dulces sónes, canta Juan:

Ya no me alegran á mí
las fiestas ni los paseos;
lo que me alegran son cartas
que vienen por el correo.

Y ved por qué, despues de decir á su novia:

El alma que tengo es tuya
en una conformidad,
que si presente te quiero,
ausente te quiero más,

cantar que suele sustituir con este otro:

Cuanto más hondillo un pozo,
más fresquita sale el agua;
cuanto más apartaditos,
más firme está mi palabra,

desprecia por falso cierto refran, diciendo:

Dicen algunos autores
que la ausencia causa olvido;
eso lo dirán los tontos
que amores no hayan tenido;

pues ahora ha comprendido Juan que

Es amor en la ausencia
como la sombra:
que cuanto más se aleja,
más cuerpo toma.
Ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y aviva el grande.

Pero ¡cuán errado saber es el de Juan! Embebido siempre en sus recuerdos, no ha reparado que un amigo suyo suele cantar, mirándole maliciosamente:

Yo me enamoré del aire,
del aire de una mujer;
como la mujer es aire,
en el aire me quedé.

Acaso tiene razon el que canta esa copla. Por de pronto, oid cómo Juan se explica:

Cartero,
¿por qué no me traes carta
de la niña que yo quiero? (15)

—

Anoche fuí al correo
no tuve carta;
se vistieron de luto
mis esperanzas (16).

¡Motivos han tenido para vestirse de luto! Bien lo da á entender el nuevo diálogo que entablan el corazon y el alma de Juan. Éste habla:

Mi corazon dió un suspiro
y el alma le dijo:—Cesa;
no suspires, corazon,
que de tí nadie se acuerda.

Y ¿cómo se ha de acordar María, cuando ha dado su mano á otro hombre? Esta noticia saca de quicio á Juan del Pueblo y le hace exclamar:

Tú para mí fuiste Judas;
yo fuí Cristo para tí;
el dia que me vendiste,
¿cuánto te dieron por mí?

Sus celos le hacen formar el siguiente propósito:

Haré un hoyito en la arena
y vivo me enterraré,
por no ver en mano agena
prenda que tanto estimé.

Y canta, llorando:

Yo me quería (17) *morir,*
por ver si se me acababan
estos delirios por tí,

y rebosando despecho, añade:

No puede tener el pobre
ninguna novia bonita;
que, como le falta el cobre,
viene el rico y se la quita.

—

¡Mal haya el dinero
que el dinero es causa
que los ojitos—de quien bien yo quiero
no estén en mi casa!

—

Más vale ser negro y rico
que pobre y de buena sangre;
que en este pícaro mundo
el dinero es lo que vale.

De esto al más desconsolador excepticismo hay ménos de un paso. Ved cómo piensa Juan:

Dentro de la misma Iglesia
tenemos el desengaño:
por interés del dinero
hacen á un moro cristiano (18).

—

Cuando se muere algun pobre,
¡qué solito va el entierro!
y cuando se muere un rico,
va la música y el clero (19).

Y dirigiéndose á *ella*, dice:

Por tí me olvidé de Dios;
por tí la gloria perdí;
y ahora me voy á quedar
sin Dios, sin gloria y sin tí (20).

Desde la fatal noticia, no hay que esperar paz ni alegría para el alma del infortunado cantor. Bien lo dice él en esta linda copla:

Sin vida estoy por vivir,
la vida que estoy viviendo;
pues vivo, y no sé si vivo,
porque más que vivo, muero (21).

¿Qué hay, pues, de extraño en que cante la siguiente?

En medio de mis fatigas,
por vivir quise dormirme:
que el que vive como yo,
cuando duerme es cuando vive.

En su desgracia, sólo un consuelo le queda; consuelo bien triste, por cierto:

Ya no puede ser el cuervo
más negro que son las alas;
ya no pueden ser mis penas
más grandes que las pasadas.

Entretanto, Juan odia á la mujer á quien tanto amó y dice, justificando su ódio:

Quise bien y aborrecí,
que no es delito en quien ama
pues cuando yo aborrecí,
más que aborrecido estaba.

En efecto, más que aborrecido, porque estaba olvidado.

A veces, ideas de sangre y de venganza cruzan por la exaltada imaginacion del olvidado amante y prorrumpe en amenazas como la siguiente:

Las piedras son, y se chocan
en la corriente del rio:
¡pídele á Dios no encontrarte
algun dia en mi camino!

Y tanto ha llegado á odiar á María, que aprovecha el momento más solemne de la misa para pedir á Dios que castigue á la culpable. Veámoslo:

Entre la hostia y el cáliz
á mi Dios se lo pedí:
que te ahoguen las fatigas,
como me ahogan á mí.

Mas ¡ay, que está muy léjos de olvidar quien aborrece! La reaccion sobrevendrá en el alma de Juan del Pueblo y tanto ódio se trocará en un amor áun más

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA Granada

grande que el primero, por lo mismo que habrá de mantenerse de abnegacion y sacrificio. Por algo Juan reprende á su alma, á su corazon y á su memoria, de esta manera:

Corazon, no suspires;
alma, no sientas;
memoria, no te acuerdes
de quien te acuerdas.

Y por algo, reconociéndose impotente para olvidar su pasion, establece la comparacion siguiente:

Yo soy como aquel barquito
que lo están encarenando;
miéntras más golpes le dan,
más firme lo van dejando.

Tiempo atrás—ya lo hemos visto—se proponia no decir la verdad ni al confesor, prefiriendo condenarse á revelar los secretos de la mujer á quien amaba. Hoy, cuando alguno de sus amigos le aconseja que la olvide, exclama, en un arranque de desesperada pasion:

¿Cómo quieres que la olvide,
si le he dado tantos besos
como lleva un relicario
cuando va de pueblo en pueblo?

¡Qué feliz sería Juan si no hubiera conocido, si no hubiera amado á María! Por eso canta:

Donde quiera que me ponga,
diré que no te he querido:
¡harto trabajito tengo
con haberte conocido!

Pero mejor expresa este pensamiento en el siguiente trovo, que, en mi sentir, es de lo más delicado que ha producido la musa popular española:

De cinco dedos que tengo,
diera uno, y quedan cuatro,
por no haberte conocido
ni haberte querido tanto.

De los cuatro que me quedan,
diera uno, y quedan tres,
por no haberte conocido
ni haberte querido bien.

De los tres que me quedaban,
diera uno, y quedan dos,
por no haberte conocido
ni haberte tenido amor.

De los dos que me quedaban,
diera uno, y queda otro,
por no haberte conocido
ni haberte visto ese rostro.

¡Ay, el uno que me queda
lo diera de buena gana,
por no haberte conocido,
lucero de la mañana! (22)

Mas el tiempo no pasa en balde y, al fin, al vehemente amor de Juan, á su profunda desesperacion, sucede una melancólica tranquilidad, en que no falta cierto hastío de la vida. A esta época corresponden las coplas siguientes:

Vivo solito en el mundo
y de mí nádie se acuerda;
busco en los árboles sombra
y los árboles se secan.

—

Si no fuera por la gente,
yo me vistiera de luto;
porque tengo el corazon
dentro del pecho difunto (23).

Los desengaños le han vuelto avisado y prudente. Ved con cuánta madurez discurre:

Males que el tiempo acarrea,
¡quién pudiera penetrarlos,
para poner el remedio
ántes que viniera el daño!

—

El tiempo y el desengaño
son dos amigos leales
que despiertan al que duerme
y enseñan al que no sabe.

—

Nunca, por rico que seas,
arrolles al infeliz:
yo he visto títulos grandes
de puerta en puerta pedir.

—

La escalera de la vida
hay que subirla despacio;
el que de prisa la sube,
no llega al segundo tramo.

Algun tiempo despues, un misionero pasa por el pueblo. Quizás en alguno de sus viajes encuentre á María, á aquella ingrata mujer que tan profundas heridas abrió en el alma de Juan. Éste cuenta al sacerdote la historia de sus desgraciados amores y le encarga:

Tú, misionero de Dios,
si por el mundo la encuentras,
dile que yo la perdono;
pero que no quiero verla (24).

Desde entónces, Juan no ha vuelto á cantar; y, así como los hijos de Israel, llorando por la patria

perdida y sin aliento para entonar sus himnos, suspendieron sus liras de los sauces de los rios, Juan del Pueblo ha colgado de un clavo su guitarra, para no tañerla más.

En sus cuerdas duermen poemas de sonidos y en el corazon de Juan duermen poemas de sentimientos.

¡Bien hayan el silencio de aquellas cuerdas y la triste paz de aquel corazon!

NOTAS

NOTAS

1.—(Pág. 11)

Los cantares que componen este trabajo están tomados, como queda dicho en el prólogo, de los abundantes materiales de que dispongo para la composicion de una extensa obra que he de titular *Cantos populares españoles.* Ni en la exigua coleccion de Fernan Caballero *(Cantos, coplas y trobos populares,* incluidos en su libro intitulado *Cuentos y poesías populares andaluces,* Sevilla, 1859), ni en la más numerosa y mejor ordenada del Sr. Lafuente y Alcántara *(Cancionero popular*, Madrid, 1865) se hallarán, pues, muchas de las coplas del texto.

2.—(Pág. 11)

«Del polvo de la tierra
saco yo coplas:
no bien se acaba una,
ya tengo otra.»

En el mismo pensamiento de este cantar y del que en el texto le sigue, abundan, entre muchos otros, los siguientes:

Coplillas y más coplillas,
coplillas he de cantar;
que tengo un cántaro lleno
y un costal por desatar.

—

Cántame, niña bonita,
las coplillas del querer;
por cáa copla que me eches,
un pa'e trobos te echaré.

—

Compañerita del alma,
cante usté, vamos cantando;
que si usté no sabe coplas,
yo se las iré apuntando.

—

Tengo mi cuerpo de coplas,
que parece un avispero;
se empujan unas á otras,
por ver cuál sale primero.

En todas las literaturas populares hay cantos que son verdaderos alardes de fecundidad y abundancia poéticas. Véanse como muestras los dos fragmentos con que respectivamente encabezan el Sr. Giuseppe Pitrè y nuestro compatriota el Sr. D. Francisco Pelayo Briz los magistralmente ilustrados *Canti popolari siciliani* (Palermo, 1871) y las lindas *Cansons de la terra* (Barcelona, 1866-74):

Cantami quantu vôi ca t'arrispunnu:
d'amuri, gilusia, spartenza e sdegnu.

—

De cansons y de follias
vos ne cantarè deu mill.

Y véase, además, el siguiente *stornello* siciliano (Pitrè, *Ibid,* t. I, pág. 8):

Cu' voli puisia vegna 'n Sicilia,
ca porta la bannera di vittoria,
canti e canzuni nn' havi centu milia.

En España, sobre todo en su region andaluza, donde, como en Sicilia, *tutto parla di poesia,* es verdaderamente asombrosa la fecundidad poética del Pueblo, lo mismo que su extraordinaria facilidad. Villas y aldeas hay en que los jóvenes de ámbos sexos, en alegres reuniones nocturnas, alumbradas en invierno por el clásico candil y en verano por la plateada luna, se enamoran, se quejan, se increpan, se zahieren con un tiroteo interminable de coplas. Apénas si se les ocurre idea para cuya expresion no sepan un cantar adecuado. Si no lo saben, lo improvisan; si la improvisacion no es buena, se pierde tan pronto como la voz que la canta; pero si vale, si responde cumplidamente á un estado particular del ánimo, si encierra un pensamiento ingenioso que merece la pena de conservarse, la nueva copla hace fortuna: al dia siguiente la repiten todos los labios de la aldea; diez años despues se canta en toda la península y medio siglo más tarde tendrá correspondencias en las literaturas populares de casi todos los paises.

3.—(Pág. 13)

«*Tengo un dolor no sé dónde,*
nacido de no sé qué;
sanará... yo no sé cuándo;
me curará... no sé quién.»

—

En el *Cancionero* de Lafuente (t. II, pág. 111) se halla una version, inferior en mérito á la precedente:

Yo me muero no sé cómo
y mi mal es no sé qué;
yo sanaré bien sé cuando,
si me cura quien yo sé.

4.—(Pág. 15)

«*Ayer pasé por tu calle*
y te vide en el balcon,» *&c.*

—

Vide, por *ví:* voz arcaica que usa frecuentemente el pueblo andaluz.

5.—(Pág. 17)

«*Esto de pelar la pava*
tiene mucho que entender,» *&c.*

—

A hablar dos amantes mano á mano, á comunicarse sus quejas y sus esperanzas por la reja, en la puerta de la calle ó en cualquier otro lugar donde no les interrumpan ni distraigan importunos testigos, llama el Pueblo *pelar la pava*. ¿Por qué? Lo ignoro y creo que nadie lo sabe. ¡Genialidades de los idiomas, que siempre se burlan de la docta y finchada autoridad de las Academias!

6.—(Pág. 17)

«*Es mi niña más bonita*
que los clavelitos blancos
que abren por la mañanita.»

—

Remitiendo al lector deseoso de más prolijas noticias á los muy discretos artículos que, con el título de *Cantes flamencos*, publicó en la acreditada revista sevillana *La Enciclopedia* (Octubre y Noviembre de 1879) el querido amigo mio que se oculta modestamente bajo el significativo pseudónimo de Demófilo, sólo diré aquí—y perdóneme su fina bondad si disiento en algo de su parecer—que esta clase de coplas populares se llaman *soleás, soleaes, soledaes* ó *soleares* (soledades) por su forma literaria, y *jaleos* ó *coplas de jaleo* por la música que las acompaña. Constan *siempre* de tres versos, por más que, por evitar la repeticion del primero, suelan los *cantaores* anteponerles alguna de esas frases vocativas, como

Compañerita del alma...
Compare del alma mia...
Maresita 'e mi via... &c., &c.

que tienen siempre tan á mano, ó bien canten con la música de *jaleo* coplas de cuatro versos. A mi ver, lo que caracteriza á la *soleá* es tener tres versos, como lo que caracteriza á la *seguidilla (seguiriya* ó *siguiriya* en muchos puntos de Andalucía) es tener cuatro, eptasílabos y pentasílabos alternados, ó siete si no carece de *estribillo*. Y si nó, ¿qué regla palpable y segura habria para distinguir las *soleares* de cualesquiera coplas octosílabas de cuatro versos? Con temor, justificado por el conocimiento de la propia insuficiencia, expongo esta humilde opinion mia. Por lo demás, creo con mi buen amigo y con el Sr. Milá y Fontanals que este linaje de cantares *flamencos* corresponde por su forma á los tercetos gallegos y áun á los *stornelli* italianos. Para que el lector pueda formar propio juicio acerca de esta semejanza, copiaré á continuacion dos *stornelli*, tomados de la obra *Ritornell und Terzine* (Halle, 1875) de mi respetable amigo el Dr. Hugo Schuchardt, y dos tercetos gallegos, publicados por el sobredicho Sr. Milá:

Se il Papa mi donasse Campidoglio
e me dicesse: lascia andar sto figlio,
quello che amavo prima, quello voglio.

—

Se il Papa mi donasse lo cappello
e il principe Borghese lo cavallo,
non te potria lasciá, core mio bello.

—

Campanas de Bastabales,
cando vos oyo tocar,
mórrome de soledades.

—

Estrellita d'o luceiro,
quen tén amores non dorme
se non o sono primeiro.

7.—(Pág. 17)

«*Te quiero yo*
más que á la madre que me parió.»

—

Los *cantaores* andaluces llaman *alegrías* ó *panaeras* (panaderas) á esta clase de coplas, cuyos versos, como se notará en las siguientes muestras, no tienen siempre el mismo número de sílabas:

Anda y no la quieras;
que tiene andares de mula gallega.

—

Vente conmigo
A las retamas de los caminos.

—

¿Corresponden por su forma las *alegrías* ó *panaeras* andaluzas á los *stornelli* de dos versos, que en Sicilia se llaman *ciuri* (flores), *nuvelli, ciuretti* y *muttetti?* A primera vista nótase mucha semejanza entre aquellos cantares y éstos. Compare el lector las *alegrías* preinsertas con las *ciuri* siguientes, que copio de los *Canti popolari siciliani* del Sr. Pitré (t. I, págs. 254, 255 y 357):

Muta la via.
'Nnamurateddu di l'armuzza mia.

—

Ciuri di ciuri.
Cantu pi fari onuri a lu mè Amuri.

—

Amaru mïa!
Cu li me' manu morti mi darria.

8.—(Pág. 18)

«*Yo te quiero más que á Dios,*
y no digan que es locura:
que á Dios como á Dios lo quiero
y á tí como á criatura.»

—

Conozco la version siguiente, publicada con dos leves variantes por el Sr. Lafuente y Alcántara *(Cancionero popular,* tomo II, pág. (135):

Yo te quiero más que á Dios,
y de esto nadie se espante:
que á Dios como á Dios lo quiero
y á tí como á fino amante.

Más que á Dios, más que Dios, ni Dios y *ni pa Dios* son modos hiperbólicos de decir, extremadamente comunes en Andalucía. Suele el pueblo andaluz cuando quiere exagerar una cosa, traer indeliberadamente á colacion el

nombre de Dios; así, se le oye decir con mucha frecuencia: «Soy más valiente que Dios», «era más fea que Dios», «iba más borracho que Dios», &c., &c., y cantar:

Tengo más jambre que Dios;
ebajo d' este sombrero
me aterminaba á comerme
á la hija 'er panaero.

¿Por qué este abuso de tan santo nombre? La explicacion es obvia. Dios es *non plus ultra* en la sabiduría, en la bondad, &c., y el pueblo andaluz, dado por naturaleza á las exageraciones, no se contentó para ponderar la bondad ó el saber de alguno sino diciendo: «Sabe más que Dios», «es más bueno que Dios». Puesto en uso este término de comparacion, por extension se fué apropiando á todas las comparaciones, resultando aparentes impiedades como las que dejo apuntadas, y áun disparates gramaticales como los siguientes, que prueban, si esto todavía fuera necesario, lo nada pecaminoso de la intencion que los dicta: «Habia más gente que Dios», «hace más frio que Dios». Lo propio ha sucedido con *el gallo*, *la luz*, *el mengue* (el demonio) y *el arroz* y, sobre todo, con *la mar*. («Tengo más dinero que la luz; eres más fea que el gallo; comes más que el mengue; es más tonto que el arroz; te quiero más que la mar.»)

Y ya que de hipérboles hablo, diré—aunque es sabidísimo—que nádie usa y abusa de esta figura retórica tanto como los andaluces, quienes por tal motivo alcanzan justa fama de exagerados y, por ende, de embusteros, en todo el mundo.

¿Quieren indicar á una buena moza el daño que con sus desdenes ha causado á los hombres? Pues ved cómo lo indican:

En la puerta de tu casa
catorce muertos ví un dia,
porque los mató la pena
de que tú no los querias.

¿Tratan de demostrar su caballeresca y proverbial solicitud en amparar y defender al sexo á que con tanta razon llamamos débil como bello? Pues ved cómo la demuestran:

Si supiera, dama hermosa,
que el sol que sale te ofende,
con el sol me peleara,
aunque el sol me diera muerte.

¿Dirige un andaluz un requiebro á su novia? Pues no lo hace sino de este ó parecido modo:

Tiene una cinturitas
que anoche te la medí:
con vara y media de guita
catorce vueltas te dí
y me sobró una poquita.

—

Antiguamente eran dulces
las agüitas de la mar;
pero escupió mi morena
y se volvieron salás.

Pero pida la aludida á San Antonio y á San Cristóbal, protectores de las muchachas casaderas, que no se quiebre el jarrito pintado del amor; porque si se quebrare, los

piropos se convertirán en el desden ó en el ódio que reflejan las coplas siguientes:

Otro tiempo eran tus ojos
alegrías para mí
y ahora son las alcayatas
donde cuelgo yo el candil.

—

Ya no merece tu cuerpo
que le levanten cantares;
lo que merece es un tiro
que te revuelque en tu sangre.

¿Tiene penas un Juan del Pueblo? Pues tened por cierto que las dará á conocer exagerándolas, en coplas por el estilo de éstas:

Al pié de una cruz bendita
llorando me arrodillé;
las lágrimas en el suelo
se quejaban al caer.

—

A la soledad del campo
me salí á llorar mis penas
y fueron tantos mis llantos,
que florecieron las yerbas.

—

Camisita de mi cuerpo,
ya no te lavas con agua;
que te lavas con el llanto
que mis ojitos derraman.

Y ¡no digo nada, cuando se trata de mostrarse valientes!

Para pasear tu calle
no necesito cuchillo;
que los mozos de esta tierra
me los meto en el bolsillo.

A esta marcada tendencia á la exageracion se debe que, no contento el pueblo andaluz con duplicar una accion ó cualidad por medio del prepuesto *re,* doble y triplique, á veces, la insistencia de éste, posponiéndole otras partículas que son de su exclusiva invencion y uso; v. g.: *bien, rebien, retebien, requetebien.* Idéntica causa da orígen, no ya á que se forme un diminutivo de otro, cosa que tambien sucede en el pueblo siciliano, diciendo, por ejemplo, *puppatuledda* de *puppatula,* que es á su vez diminutivo de *pupa* (Pitrè, *Canti popolari siciliani,* t. I, página 211, nota 7); sinó á crear cuartos y quintos diminutivos, cosa que dudamos acaezca en otro país alguno. De *chico* decimos *chiquito;* y de éste, *chiquitito;* y de éste, *chiquirritito* ó *chiquititillo;* y de éstos, *chiquirrititillo* ó *rechiquititillo;* y áun de éstos, *rechiquirrititillo;* adjetivos estos últimos que, á no ser estupendas exageraciones, denotarian que los sustantivos á que se aplican no son visibles ni á favor del más excelente microscopio.

Como consecuencia de lo expuesto, puede afirmarse que entre las figuras retóricas de más bulto, ninguna em-

plea tanto el pueblo andaluz, en su conversacion y en sus cantares, como la hipérbole, excepcion hecha de la metáfora, á que tambien se muestra aficionadísimo, con muy buen éxito, por cierto. Véanse, si nó, las siguientes coplas alegóricas y quítensele las legañas á los poetas sietemesinos, leyendo cosa tan buena como inimitable:

Por el filo de un puñal
se pasea una culebra:
por mucho que corte el filo,
más corta una mala lengua.

—

Molino que estás moliendo
el trigo con tanto afan,
tú estás haciendo la harina
y otros se comen el pan.

—

A la mar fuí por naranjas,
cosa que la mar no tiene;
metí la mano en el agua;
la esperanza me mantiene.

—

Cérca tengo la fuente
de mi deseo;
tengo sed, veo el agua
y no la bebo.

¡Mira qué pena,
tener sed, ver el agua
y no beberla!

—

Tengo un clavel encarnado
á la sombra y bajo llave,
para que el sol no lo vea
y con mirarlo lo aje.

—

De tu puerta á la mia
va un rio claro
y los envidiosillos
lo han enturbiado.

—

De lo más alto del cielo
la media luna cayó;
ya se me quebró el espejo
donde me miraba yo.

—

Yo me arrimé á la paré;
tierra me cayó en los ojos;
por mi mano me cegué.

—

¡Mal haya de la veleta
que está en lo alto 'e la torre
viene un aire, viene otro,
y á toitos les corresponde!

—

Toitos se arriman
ar pinito verde
y yo me arrimo—á los atunales
que espinitas tienen.

—

A mí se me importa poco
que er pájaro en la alamea
se pase de un árbo á otro.

—

Por coger la verde mora,
me he clavaito una espina,
que hasta el corazon me llora.

—

Por comerme una breva
verde y sin gusto,
me ha llevao la justicia
cien reales justos.

Esto le espera
ar que de noche anda
comiendo brevas.

—

Hice candela en un cerro
y el aire me la apagó;
y por más que la barria,
siempre ceniza quedó.

Y basta y sobra: que aunque podría citar cien coplas de este género y extenderme en sustanciosos comentarios, reparo que estas notas van teniendo más dimension que la que conviene á la paciencia de los lectores.

9.—(Pág. 18)

«*El corazon te daré,*
tambien te daré la vida;
y el alma no te la doy,
por que esa prenda no es mia.»

—

Esta copla hace recordar aquellos versos de Calderon, en *El Alcalde de Zalamea* (jorn. 1.ª, esc.ª últ.ª):

Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma
y el alma sólo es de Dios.

10.—(Pág. 21)

«*El Padre Santo me ha dicho*
que te olvide, que te olvide;
yo le dije:—Padre mio,
no es posible, no es posible.»

—

Esta otra copla expresa el mismo pensamiento:

El Padre Santo de Roma
me dijo que no te amara;
yo le dije:—Padre mio,
¡aunque me recondenara!

Nótese el vigor que da á la expresion el prefijo *re.*

11.—(Pág. 22)

«*El confesor me dice*
que no te quiera
y yo le digo:—¡Ay, padre,
si usté la viera...!
Es tan bonita,
que sólo con mirarla
las penas quita.»

—

Difícilmente se hallará copla que tenga más versiones que ésta. Le conozco, además del que va en el texto, tres estribillos, á cuál más significativo y delicado:

Es tan bonita,
que las ánimas muertas
las resucita.

—

Y ayer me dijo:
—Haces bien en quererla,
que ya la he visto.

—

Y el religioso,
apretando los dientes,
cerró los ojos.

Eusebio Blasco, al glosar esta linda copla, muy felizmente por cierto, (*Soledades*, Madrid, 1877, pág. 102), parece haber tenido en cuenta todos los estribillos apuntados. Creo que agradará al lector esta poesía y, á riesgo de dar á mis notas más extension de la conveniente, voy á trascribirla:

LA CONFESION

«El confesor me dice
que no te quiera;
y yo le digo, ¡Padre,
si usté la viera!»

Dice que tus amores me vuelven loco,
que á mi deber no atiendo, que duermo poco;
dice que nuestras muchas conversaciones
en la aldea fomentan murmuraciones;
dice que no quererte fácil me fuera;
y yo le digo, Padre,
si usté la viera!

En vano le aseguro que eres tan pura,
que hay que rezar delante de tu hermosura;
que eres gentil y airosa cual la azucena,
que nacen en tus lábios nardo y verbena;
que son lluvia de Mayo tus blondos rizos
y que vivir no puedo sin tus hechizos.
él me dice muy fosco que es gran quimera;
y yo le digo, ¡Padre,
si usté la viera!

Confesando que el alma tengo en tus ojos,
me dijo el padre cura con mil enojos,
que un pecado tan grande no perdonaba
y que si tú queria me condenaba.

Yo entónces en amante dulce arrebato,
del pecho en que le llevo saqué un retrato;
y el cura al ver tu imágen, luz y alma mia,
contemplándola absorto se sonreia.
—¡Ésta si que refleja santos amores!—
¡Creyó que era la Vírgen de los Dolores!
—¡No hay como esta ninguna, que luz destella!—
Y yo le dije entónces: ¡pues ésta es ella!
Olvidado ya el cura de su corona,
dijo abriendo los ojos: ¡linda persona!
Si es buena cual hermosa, que en paz te quiera!
Y yo le dije, ¡Ay, Padre,
si usté la viera!

Pensamientos análogos al que informa la copla y poesía copiadas, encierran estas otras seguidillas:

El confesor me ha dicho
que no te quiera,
porque el pobre padece
de la mollera.

¡Ay, pobrecito!
¡Cual si los mandamientos
fueran delito!

—

El querer que te tengo
lo he confesado
y el confesor me ha dicho
que no es pecado.

Que es natural
quererse unos á otros
por caridad.

—

Confesé con un fraile;
¡qué bueno era!
me echó por penitencia
que te quisiera,

Y yo lo hice
porque las penitencias
deben cumplirse.

Y mucha semejanza tienen con estas coplas los siguientes cantos italianos, que copio del excelente *Studio critico sui canti popolare siciliani*, que precede á la repetidamente citada obra del Sr. Pitré (t. I, pág. 22):

Vinni un picciottu a Roma cunfissatu
pri vuliri a 'na donna stremu beni;
lu Papa dissi:—Figghiu, si' addannatu,
amari donni d'autru nun cunveni.
—Patri cci cuntu tuttu lu passatu:
idd' havi lu me' cori e si lu teni.
—E quann'è chissu, ti sia pirdunatu;
pri pinitenza vógghila cchiù beni (Sicilia).

—

Son andà a Roma a dimandarghe al Papa
se a far l' amor se fà nessun peccato;
e saltà fora un padre dei più veci:
—Fè pur l' amor, che siestu benedeti (Verona).

—

Sun s'tat' a Roma e col Papa j'ho parlatu,
i hö dicc' se a fë l' amur se l'ë peccatu:
m' ha dicc' ch' u n' ë peccatu e così sia,
bas' ta fë l' amur cu' na bella fia (Liguria).

—

Domanderemo
al sior curato
se l'è peccato
a far l' amor.
Se l' è peccato
peccato sia:
la mamma mia
l' ha fatto aucor (Milan).

12.—(Pág. 24).

«*Quisiera volverme hiedra*
y trasminar tus paredes, &.»

Respecto á la multiplicidad de las formas que el pueblo reviste en sus cantos, puede verse mi artículo *Dos*

amantes multiformes, inserto primero en *El Eco de Fregenal* (año I, n.º 12) y despues en *La Enciclopedia*, de Sevilla (año IV, n.º 14, págs. 429-38), y, especialmente, la lindísima cancion catalana *La esquerpa*, publicada por el laborioso é ilustrado Sr. Briz en sus *Cansons de la terra* (t. I, págs. 121-28). En consideracion á que acaso al lector no sea fácil haber á las manos esta esmerada obra, voy á copiar íntegra la cancion antedicha:

—Per mes que 'm cantes aubadas
La griva, griva!
Casada ab tu no 'm veurán,
La griva ban!
Abans me 'n farè una truyta,
La griva, griva!
Que pèl aiga irá nadant.
La griva ban!

—Si tu te 'n fas una truyta
que pèl aiga irá nadant,
jo me 'n farè pescador
que te n' anirá pescant.

—Si tu te fas pescador
que me 'n anirá pescant,
jo me 'n tornarè una griva,
ginestrons irè menjant.

—Si tu te 'n fas una griva
y ginestrons vas menjant,
jo me 'n farè un astor
que te n' anirá cassant.

—*Si tu te fas un astor*
que me 'n anirá cassant,
jo me 'n tornarè una llebre
d' aquell bosch que n' es tan gran.

—*Si tu te fas una llebre*
d' aquell bosch que n' es tan gran,
jo me 'n farè un cassador
que te n' anirá tirant.

—*Si tu 't fas un cassador*
que me n 'anirá tirant,
jo me 'n posarè un vestit
hont las balas no hi podrán.

—*Si tu te fas un vestit*
hont las balas no hi podrán,
jo me 'n farè l' esbarser
que te l' anirá estripant.

—*Si tu te fas l' esbarser*
que me l' anirá estripant,
jo me 'n tornarè una herbeta
d' aquell prat que n' es tan gran.

—*Si tu te fas una herbeta*
d' aquell prat que n'es tan gran,
jo me 'n farè l'aiga fresca
que te n'anirá mullant.

—Si tu te fas l'aiga fresca
que me n' anirá mullant,
jo me 'ntornarè rateta
que se n'anirá amagant.

—Si 't tornas una rateta
que se 'n anirá amagant,
jo me 'n tornarè un gatet
que te n'anirá cassant.

—Si tu te fas un gatet
que me n'anirá cassant,
jo me 'n tornarè la lluna,
pèls aires irè volant.

—Si tu te 'n tornas la lluna
que pèl cel irá volant,
jo me 'n tornarè lo núvol
que te n'anirá tapant.

—Si tu te fas lo gros núvol
que me n'anirá tapant,
jo me 'n tornarè una flor
que 'ls ulls s'hi enamorarán.

—Si tu te fas una flor
que 'ls ulls s'hi enamorarán,
jo me 'n farè jardiner
que te n'anirá regant.

—*Si tu te fas jardiner*
que me n'anirá regant,
jo me 'n tornarè lletuga,
lletugueta d'enciam.

—*Si tu te tornas lletuga,*
lletugueta d'enciam,
jo me tornarè la terra
que te n'anirá criant.

—*Si tu te tornas la terra*
que me n'anirá criant,
jo me 'n tornarè una monja
y en convent me ficarán.

—*Si tu 't tornas una monja,*
en convent te ficarán;
mes jo 'm tornarè un fraret
y t'anirè confessant.

—*Si tu 't tornas un fraret*
que m'anirá confessant,
jo me 'n tornarè una morta
y á la tomba 'm tirarán.

—*Si tu te fas una morta*
que á la tomba tirarán,
jo me 'n tornarè una caixa
y dins meu te ficarán.

13.—(Pág. 24)

«*Durmiendo te he visto*
y á mi vera estabas;
y es que yo me miraba por dentro
y te ví en mi alma.»

—

Nada aficionado á poner mi pluma sobre las producciones populares, de cuyos defectos resultan muchas veces sus principales bellezas, he preferido conservar, tal como á mí ha llegado, la leccion del tercer verso de esta *playera* ó *seguidilla gitana* á corregirlo y darle el número de que carece. Véanse por la siguiente la medida y particular cadencia del tercer verso de esta clase de coplas *flamencas:*

Maresita mia,
¡mire usté por dónde
al espejito—donde me miraba
se le fué el azogue!

14.—(Pág. 24)

«*No tengo padre ni madre;*
¿á quién me arrimaré yo?
Me arrimaré á un arbolito
que eche fruto y no eche flor.»

—

Alude visiblemente á la higuera, árbol de cuya *mala sombra* habla el Pueblo en algunos de sus cantares. Véanse los siguientes:

La sombra de la jiguera
es mala para dormir:
siempre Pedro se enamora;
poco pretende vivir.

—

¡Sombra de jiguera negra
te caiga en el corazon!
Donde quiera que te pones,
sacas mi conversacion.

—

Anda véte de mi vera;
que tú tienes para mí
sombra de negra jiguera.

Que se llame mala á la sombra de la higuera procede, no de que lo claro de su ramaje hace que la sombra no sea espesa, sino de que este árbol—especialmente, segun dicen, el que produce el fruto negro—como el enebro, el guao y otras plantas, tiene la propiedad fisiológica de exhalar gases nocivos á la economía animal, no sólo de noche y en pequeña cantidad, como todos los vegetales, mas con abundancia y tambien durante el dia.

Asimismo, de las personas se dice que tienen *buena* ó *mala sombra,* segun que son graciosas y alegres, ó antipáticas y desabridas, como dando á entender que es agradable ó desagradable estar á su lado. En idéntico sentido se suele decir tambien *buen ángel* y *mal ángel,* y áun *desangelado,* esto es, *sin ángel.*

El vocablo *vera,* contenido en la última copla apuntada y en la *playera* que dió ocasion para la nota 12, es puramente andaluz y significa *lado.*

15.—(Pág. 28)

«Cartero,
¿por qué no me traes carta
de la niña que yo quiero?»

—

Esta clase de coplas, á que los *cantaores* dan el nombre de *solearíyas* (dim. de *soleares*), abunda bien poco en la literatura popular andaluza. Sin que sea visto negar que constituyen una especie aparte, independiente de las demás y con vida y naturaleza propias, aseguraré que las más veces son *soleares*, cuyo primer verso han mutilado los que las cantan, por exigencias de la música. Mi querido amigo Demófilo, en la última parte de su artículo *Cantes flamencos* (*La Enciclopedia*, año III, núm. 24), da cabida á algunas *solearíyas* cuya primitiva forma de *soleares* he hallado entre los apuntes para mis *Cantos populares españoles*. Por ejemplo:

Faitigas,
yo por la calle no lloro,
porque la gente no diga.

—

Sereno,
no dé usté la voz tan alta,
que quico dormí y no puco,

son las soleares siguientes:

¡Estas sí que son fatigas!
yo por la calle no lloro,
porque la gente no diga.

—

¡Ay, dígale usté al sereno
que no dé la voz tan alto:
quiero dormir y no puedo!

Pregunta Demófilo: «¿Responde la metrificacion de nuestras *solcariyas* á la de algunos *stornelli* italianos?» Sin atreverme á darle respuesta afirmativa, convendré con él en que es grande la semejanza que hay entre ellas y las *ciuri* sicilianas de tres versos. Véase:

Ciuri di ciuri.
Bedda, lu suli 'un voli cchiú affacciari
pirchì si scanta di lu tò splennuri.

—

Ciuri di pipi.
La testa mi la dugnu pri li strati,
sugnu 'ntra l'acqua e moru di la siti.

(Pitrè, *Canti pop. sicil.*, t. I, págs. 203 y 243.)

16.—(Pág. 29)

«*Anoche fuí al correo,*
no tuve carta;
se vistieron de luto
mis esperanzas.»

—

Así el Sr. Lafuente *(Cancionero popular*, t. I, pág. 159), de quien tomé esta *seguidilla*. Despues, entre los miles de cantares de todos géneros que me han sido remitidos de gran número de pueblos, la he encontrado íntegra, en esta forma:

Anoche fuí al correo,
por ver si habia
carta de aquel amante
que yo queria.
No tuve carta:
se vistieron de luto
mis esperanzas.

17.—(Pág. 30)

«*Yo me queria morir*» &c.

—

Me queria por *me quisiera*. El pueblo andaluz usa frecuentemente el pretérito imperfecto de indicativo por el mismo tiempo del modo subjuntivo:

Aunque engarzaran en oro
la capitar de Sevilla
ó la jicieran dinero,
valias tú más, chiquilla.

—

Si con promesas pudiera
acarrear tu querer,
de rodillas iba á Roma,
¡por la leche que mamé!

18.—(Pág. 30)

«*Dentro de la misma Iglesia*
tenemos el desengaño:
por interés del dinero
hacen á un moro cristiano.»

Espinosa cuestion suscita Juan del Pueblo con esta copla, que no es sino una de las mil protestas que existen en todas las literaturas populares contra la enfermedad moral á que llamó Virgilio *auri sacra fames*. Espinosa cuestion es, repito, y yo quiero abstenerme de hablar en ella: sólo diré que, aunque Jesucristo ordenó á los apóstoles que dieran graciosamente lo que del mismo modo habian recibido *(quod gratis accepistis, gratis date)*, precepto cuya escrupulosa observancia se recomendó luégo por el cánon 48 del célebre concilio de Elvira (303), esto no obsta, segun los canonistas, para que se pueda llevar dinero por el bautismo, sin incurrir en el delito canónico de simonía.

19.—(Pág. 30)

«*Cuando se muere algun pobre,*
¡qué solito va el entierro!
y cuando se muere un rico,
va la música y el clero.»

—

Los niños, que interpretan la melodiosa jerga de las golondrinas, cantando con voz tan fresca é inflexiones tan alegres como las de ellas:

—*Comadre Beatriz,*
¿qué has hecho en tóo el año?
—*Comer y beber,*
buscar emprestado,
tratar, contratar
y en no pudiendo pagar,
huir, huir, huiiiir....
del mar á otro lado,

entienden tambien á su modo los fúnebres rezos con que la Iglesia acompaña á los difuntos, y dicen, remedando la canturia de los clérigos:

Al que tiene viñas y olivares,
cantarle, cantarle;
y al que no tiene ná,
en el pájaro verde lo llevarán.

El pájaro verde llaman en Osuna al sucio ataud que sirve para los entierros de caridad. Y ¡qué idea tan mezquina hacen formar de la primera virtud cristiana los tales entierros! Y ¡qué protestas tan enérgicas y justas encierran la copla y la cancion infantil apuntadas!

20.—(Pág. 31)

«*Por tí me olvidé de Dios;*
por tí la gloria perdí;
y ahora me voy á quedar
sin Dios, sin gloria y sin tí.»

—

Esta copla, bastante vulgar en Andalucía, donde se suele variar el segundo verso, diciendo:

y la gloria aborrecí,

paréceme el principio de una cancion más larga que acaso tenía tonada propia. Por su gusto literario, créola nacida en el siglo XV ó XVI. Don Agustin Durán, en una linda *Imitacion de la poesía y coplas del siglo XV (Revista de Madrid*, t. I, año de 1839, pág. 261), dice:

Desde el punto que te ví,
me hallé, y el cielo es testigo,
sin saber si estoy conmigo,
sin Dios, sin tigo y sin mí.

Y Lope de Vega, en su comedia *El castigo sin venganza* (acto 2.º, esc. últ.):

En fin, Señora, me veo
sin mí, sin vos y sin Dios:
sin Dios, por lo que os deseo;
sin mí, por que estoy sin vos;
sin vos, porque no os poseo.
. . . . . .
. . . . . .
Al decir que soy quien soy,
tal estoy, que no me atrevo,
y por tales pasos voy,
que aun no me acuerdo que debo
á Dios la vida que os doy.
Culpa tenemos los dos
del no ser que soy agora,
pues olvidado por vos
de mí mismo, estoy, Señora,
sin mí, sin vos y sin Dios.

21.—(Pág. 31)

«*Sin vida estoy por vivir*
la vida que estoy viviendo;
pues vivo y no sé si vivo,
porque, más que vivo, muero.»

—

Muy estudiada parece esta copla para ser hija de la inspiracion popular, siempre natural y expontánea. Tambien predomina en ella el gusto literario de los siglos XV y XVI, pues recuerda aquellos versos de Santa Teresa:

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.

Sea de ello lo que quiera, el caso es que el Pueblo la canta; que la ha prohijado, si realmente no es hija suya; y esta circunstancia y la de ignorarse quién fuera su autor me han decidido á considerarla como popular.

22.—(Pág. 35)

«*De cinco dedos que tengo,*
diera uno, y quedan cuatro,» &c.

—

Este bellísimo trovo fué recogido en Utrera (Sevilla), con porcion abundante de coplas, por mis estimadas amigas las Srtas. de Crespo. No creo que nádie lo haya publicado ántes que yo, que le dí cabida en la presente *historia amorosa popular,* impresa por primera vez en la revista sevillana *La Enciclopedia* (año III, 1879, págs. 298-304) y lo inserté luégo en una monografía titulada *Los trovos,* que vió la luz en la misma revista (año IV, 1880, páginas 367-75, 298-309 y 336-46). En este último trabajo le puse un comentario que no creo del todo ocioso trascribir á este lugar.

«Difícilmente—dije—se hallará en nuestra literatura popular copla ni trovo que puedan competir con éste en ternura, delicadeza y melancolía. El quejoso y á la vez apasionado amante daria un dedo de los cinco que tiene—refiérese á su mano derecha—por no haber conocido ni haber querido tanto á la mujer que es causa de sus pe-

sares. Pero no solamente daria uno, sino otro, y otro más, y los cinco, todos y cada uno de ellos porque aquello no hubiera sucedido: ¡tanto importaria para la paz de su alma! Y ¡qué magistralmente revela, con sólo el requiebro del último verso, que apesar suyo no ha podido dejar de admirar y querer á la que á tan tristes y al par tiernísimos pensamientos le ha traido!

»Para apreciar en todo su gran valor el sacrificio que estaria dispuesto á hacer porque no hubiera acaecido la amorosa desgracia que con repeticion lamenta, téngase en cuenta lo que vale un dedo para un poeta del Pueblo, para un menestral ó un campesino, cuya subsistencia depende exclusivamente de su trabajo manual. ¿Qué porvenir podria esperar al desconocido cantor, habiendo dado sucesivamente, con tal que no fuese lo que habia sido, todos los dedos de la mano? El hambre y la mendicidad: mendicidad y hambre que soportaria con preferencia á las penas que su amada le ha ocasionado;

por no haberla conocido
ni haberla querido tanto.

»Un dedo, pues, no lo da el Pueblo por cualquiera fruslería, sino por conseguir algo que verdaderamente merece la pena de darlo. Véase:

Por ver á mi mare diera
un deiyo de la mano;
el que más falta me hiciera;

¡cuánto más todos cinco!

»Hé aquí por qué atribuimos tanto valor á esta perla de nuestra literatura popular.»

23.—(Pág. 35)

«Si no fuera por la gente,
yo me vistiera de luto;
porque tengo el corazon
dentro del pecho difunto.»

—

Preocúpase mucho el Pueblo del qué dirán; muéstrase siempre celoso de su estimacion y esto revela en él un hábito de cultura muy digno de ser tenido en cuenta por el demo-psicologista. Hay muchas coplas que garanticen la verdad de mi aserto; entre ellas, recuerdo ahora las siguientes:

Será razon, compañera,
que nuestro querer se acabe;
pongámos tierra por medio
pa que la gente no hable.

—

Por el decir de la gente,
te hablaré cuando te encuentro;
para entre nosotros dos,
como si te hubieras muerto.

—

¡Éstas sí que son fatigas!
yo por la calle no lloro
porque la gente no diga.

—

A la mar fuera y me echara;
pero ¿qué dirá la gente?
que vivo desesperado
y ando buscando la muerte.

24.—(Pág. 36)

«*Tú, misionero de Dios,*
si por el mundo la encuentras,
díle que yo la perdono;
pero que no quiero verla.»

—

Meses despues de publicada por primera vez la *Historia de Juan del Pueblo*, logré hacerme con un precioso librito que contiene los cantares originales de Augusto Ferran *(La Pereza*, Madrid, 1871). Entre ellos he encontrado (pág. 145) la copla del texto:

—*Si por el mundo la encuentras,*
díle que yo la perdono,
pero que no quiero verla.

—*Piénsalo bien y recuerda*
que el perdon es, por lo ménos,
el olvido de la ofensa.

Despues he examinado mis apuntes y visto que la copla, tal como yo la habia dado á la estampa, me ha sido remitida como popular desde Málaga y Carmona; es más,—y estoy seguro de no equivocarme:—la he oido cantar en Osuna á personas del Pueblo.

Granada ANDALUCIA

No creo yo que el malogrado Ferran se ataviase con ajenas galas, cuando tan excelentes las poseia su feliz ingenio; ántes bien, paréceme que esta copla, como algunas otras suyas, ha pasado de su pluma al Pueblo, quien la ha prohijado y hecho propia hasta el punto de añadirle un verso. Sin embargo, no por esto la he dejado de considerar como popular. Eslo por su vida, porque vive en el Pueblo; y tambien por su nacimiento, pues cuando el poeta literato escribe coplas, no es sino un hijo del Pueblo que sabe escribir lo que otros hermanos suyos tienen precision de confiar á la memoria.

Francisco Alvarez y C.ª, Editores

OBRAS PUBLICADAS Y EN VENTA

	Rvn.
El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra, edicion microscópica. Un tomo en 16.º de 756 pgs.	30
Doloras y Cantares, por don Ramon de Campoamor, 15.ª edicion aumentada con 30 Doloras nuevas. Un tomo en 8.º de 576 págs. con el retrato y el autógrafo del autor.	28
Nuevos Poemas y Doloras, por D. Ramon de Campoamor. Un tomo en 8.º . .	16
El Final de Norma, 4.ª edicion, novela de D. Pedro A. de Alarcon. Un tomo en 8.º	12
Un Retrato de Mujer, por don José Selgas. Un tomo en 8.º	10
El Mundo Invisible, por don José Selgas. Un tomo en 8.º con 400 págs.	16
Hechos y Dichos, por D. José Selgas. Un tomo en 8.º. .	12
Noches en Vela, poesías de don Eusebio Blasco. Un t. en 8.º	6
Pequeños Poemas, por don Luis Montoto. Un tomo en 8.º	8
Tipos y Costumbres Españolas, por D. Antonio Flores. Un tomo en 8.º . . .	12
Fruta verde, por D. Manuel del Palacio, un tomo en 8.º.	12
Melancolía, cantares por don Luis Montoto. Un t. en 8.º.	4
Busilis, novela por E. Blasco.	6
Viñetas del Sardinero, cuentos y relaciones por J. Ortega Munilla.	10
Granos de arena, por D. Luis Montoto	10

	Rvn.
Ayer, Hoy y Mañana, por don Antonio Flores. 6 tomos, á.	12
El Salterio, por D. José Ortega Munilla. Un tomo en 8.º	12
Lucio Trellez, 2.ª edicion por J. Ortega Munilla. . .	8
La Cigarra, por el mismo.	10
Don Juan Solo, por el mismo.	8
Sor Lucila, por el mismo. .	8
Disertaciones y Juicios Literarios, por D. Juan Valera.	24
Estudios críticos, por el mismo, dos tomos en 8.º á. .	8
Las Ilusiones del Doctor Faustino, por el mismo. .	20
Tentativas Dramáticas, por el mismo.	10
Pasarse de Listo (2.ª edicion), por el mismo.	10
Poesías, por el mismo, un tomo en 8.º	8
Dafnis y Cloe, por el mismo, un tomo en 8.º	12
Nuevas poesías, 2.ª edicion, por J. Velarde.	12
La Velada, por el mismo . .	4
La Venganza, por el mismo .	4
Meditacion ante unas ruinas, por el mismo.	4
Fernando de Laredo, por el mismo.	4
Los Buenos y los Sábios, poema en cinco cantos, de don Ramon de Campoamor . .	8
Poesía y Arte de los Arabes en España y Sicilia, por don Juan Valera. Tres tomos á.	12
Guia del Bañista en Archena.	10
Epigramas, por E. Blasco .	4
Doña Luz, 2.ª edicion, por D. Juan Valera. . . .	10

EN PRENSA

Cantares populares españoles, recogidos, ordenados é ilustrados por Francisco Rodriguez Marin.

Contendrá esta obra, que constará de tres tomos en 8.º, de 400 á 500 páginas, canciones infantiles, juegos, adivinanzas, oraciones, coplas, refranes y romances populares españoles, precedidas de un discurso preliminar y seguidos de apéndices musicales y de un prolijo estudio crítico de la poesía popular española.

El Amor y el Rio Piedra, poema por D. Ramon de Campoamor, con ilustraciones de P. Vega.

La navaja en la liga, por E. Blasco.

Leyendas del antiguo Oriente, por D. Juan Valera.

La Srta. de la Cisniega, por J. Ortega Munilla.